

BIBLIOGRAFIA

certeza. Y de entre todas las certezas, la afirmación firme y la intuición originante es la percepción del "yo". Actitud que no es, propiamente hablando, tan radical como la cartesiana, pero que también nos atreveríamos a discutir, porque no resulta en absoluto evidente que la intuición del "yo", su percepción en un acto de conocimiento puro y entero, sea algo inmediato. Más bien es, así lo creemos, algo mediato, que está ciertamente en el sustrato de todas las percepciones, pero que no es por sí mismo directamente percibido más que por un movimiento reflejo del entendimiento sobre sí mismo, analizando en un segundo momento las posibilidades y las condiciones de su propio conocimiento. Algo así como el conocimiento del concepto formal...

En definitiva, y para concluir nuestros análisis de esta obra de Martín Buezas, podríamos decir que se trata de una monografía bien documentada; pero que no ha conseguido, a nuestro entender, su objetivo primordial: desterrar la leyenda de panteísmo que pesa sobre Sanz del Río, probablemente porque tal leyenda está sólidamente fundada.

J. I. SARANYANA

MELENDO, Tomás, *Ensayo sobre el entendimiento humano: J. Locke*. EMESA, Colección Crítica Filosófica, Madrid, 1978, 270 págs.

En el año 1690 aparece la primera edición del "Ensayo sobre el entendimiento humano". Su autor —John Locke— morirá 14 años después, tras una vida que derivó del estudio académico a la actuación política, guiada siempre por preocupaciones filosóficas.

En medio de aquel turbulento período inglés, Locke intenta construir con su razón un presunto sistema filosófico que pusiera fin a los enfrentamientos entre los pueblos y a todas las dudas prácticas: es la "Moral científica" o "ética demostrada". Para elaborarla necesita de una teoría del conocimiento, fundamento de toda su posterior construcción filosófica. Esa teoría se encuentra recogida en el "Ensayo sobre el entendimiento humano", que analiza el profesor Melendo en el libro que ahora reseñamos.

Los fundamentos de la filosofía en Locke.—Remontando cualquiera de los cauces por los que discurre la filosofía de la inmanencia, se llega de uno u otro modo a una fuente común: Descartes.

Los vínculos entre Descartes y Locke son también innegables. En su "Discurso del Método", el filósofo francés se había fijado como meta alcanzar "el perfecto conocimiento de todas las cosas que el hombre puede saber"; pero, sobre todo, sus intereses se dirigían hacia la construcción de una ciencia física que le garantizara el dominio absoluto de la naturaleza. Locke, en cambio, se orientará más bien hacia la edificación de una moral que le permita disponer

BIBLIOGRAFIA

de sus propias acciones y, en la medida de lo posible, de su propio fin. Ambos se apoyan en la certeza que proporciona el "cogito", rechazan cualquier ayuda externa, y proponen las ideas claras y distintas como único fundamento válido para el conocer científico.

Tales coincidencias no se deben a la casualidad. Ya en Oxford, Locke había conocido algunos escritos de Descartes y de las filosofías francesas ligadas al cartesianismo. Más tarde, en sus viajes a Francia, tuvo oportunidad de profundizar en este pensamiento. Locke acepta plenamente su punto de partida; sin embargo, comenzará el "Ensayo" con una crítica a las ideas innatas de Descartes. ¿Resultado?: el "empirismo inmanentista", tan característico de su filosofía.

El empirismo sensista.—De los cuatro libros que componen el "Ensayo", el primero posee un carácter introductorio y una importancia decisiva en el desarrollo de la posterior argumentación. Partiendo precisamente de la exigencia crítica, que constituye un rasgo fundamental e inconfundible del cartesianismo, se analizan y combaten las "ideas innatas cartesianas". Como para Descartes no existía ninguna posibilidad de comunicación entre los sentidos y la inteligencia, los primeros principios, si se pretenden intelectuales serán necesariamente innatos. Pero Locke, yendo aún más lejos que Descartes, al asumir como principio absoluto la duda metódica hace desaparecer la misma concepción de

principio innato. Eliminado de esta manera todo lo que dice alguna relación al intelecto, y manteniendo su dependencia de la filosofía cartesiana, el sistema de Locke desemboca necesariamente en sensismo.

En el libro segundo se enuncian los cuatro puntos que definen las coordenadas empiristas de todo el razonamiento posterior. Esquemáticamente resumidos son los siguientes: a) en su inicio, el espíritu no es otra cosa que una página en blanco; b) el origen común de todas las ideas es la experiencia, que da lugar a la sensación, y a la reflexión (una especie de "sentido interno", capaz de combinar diversamente el material originario de las sensaciones); c) el alma no puede nunca elevarse por encima de la sensación o reflexión; d) la sensación y la idea se dan simultáneamente.

Las ideas simples y complejas.—Locke sitúa el inicio del proceso cognoscitivo en las ideas simples. "Es evidente —dirá en el libro II— que las ideas penetran por los sentidos simples y sin mezcla. Pues, aunque la vista y el tacto a menudo toman del mismo objeto, y al mismo tiempo, ideas diferentes (...), no obstante las ideas simples así unidas en el mismo sujeto son tan perfectamente distintas como las que penetran por diferentes sentidos".

Así pues —comenta el autor— las ideas por su misma naturaleza, se refieren a un sujeto único, advertido como "uno" desde los inicios de la percepción. Locke lo reconoce pero decide prescindir del hecho; y al adop-

BIBLIOGRAFIA

tar esa postura disolutoria —tan voluntariamente opuesta a la experiencia cotidiana— llevará a cabo en el dominio de la sensibilidad una operación paralela a la que Descartes había operado en el ámbito de las esencias inteligibles: éstas ha quedado incomunicadas al perder su participación en el *esse*. Locke, al descender desde el plano inteligible hasta el sensible, realizará una pulverización todavía mayor: transforma la sustancia en un conglomerado inconexo de afecciones materiales, alejándose cada vez más de la unidad del ser. ¿Cómo recuperar esa unidad? Merced a una elaboración cognoscitiva arbitraria, cuyo fruto serán las ideas complejas. Locke repite con frecuencia que todas las ideas humanas, incluso las más abstractas y aparentemente alejadas de la experiencia, no son sino resultado de las operaciones del espíritu sobre las ideas simples. Estas están todavía basadas en el universo extramental; sin embargo, las ideas complejas son de factura absolutamente subjetiva... como lo será también la moral que sobre ellas se asienta y que Locke esboza en el libro IV.

La moral demostrada: el papel de la fe.—El libro IV se presenta como la conclusión lógica de los esfuerzos anteriores. Tras muchas y arduas investigaciones, Locke se siente capacitado para determinar la naturaleza y alcance de nuestro conocer. Después, aplicará estas averiguaciones a la ciencia ética. Como todo nuestro conocimiento versa se-

gún él sobre ideas, su extensión será tanta como la posibilidad de establecer relaciones ciertas entre ideas claras y distintas nacidas en la sensación o en la reflexión; la verdad de una proposición depende exclusivamente de la certeza con que se percibe la relación entre sus ideas. Y como la certidumbre es un estado subjetivo, la verdad del conocimiento no plantea a Locke grandes problemas. Más difícil le resulta garantizar su *realidad*; es decir, mostrar que lo que expresan las ideas está de acuerdo con lo que sucede en el mundo exterior. En el fondo, es éste —el de la objetividad— el problema más grave que plantea una filosofía en la que el conocimiento es concebido como relación del sujeto consigo mismo —conocemos sólo ideas— y a la vez se pretende aplicable a la realidad exterior.

Locke extiende sus conclusiones a la ciencia ética, subproducto, *mutatis mutandis* del placer individual. Todo lo que trasciende a la certeza perceptiva —la fe, por ejemplo— debe ser confinado al ámbito de lo opinable ya que, en el sentido propio del término no puede *conocerse*. En este punto comienzan a encajar todas las piezas que componen el “Ensayo”. Se pretende una felicidad “humana”, sin Dios: una afirmación del hombre en sus propias capacidades. Es preciso, por tanto, prescindir del mundo externo hasta que no haya sido “reproducido” desde el sujeto; de ahí la prioridad de la certeza como elemento determinante del conocer. Pero no basta; es

BIBLIOGRAFIA

también necesario que la bondad o malicia de ese mundo apenas nacido provengan exclusivamente de su relación al sujeto; y de ahí la primacía del placer y del dolor como criterio ético supremo.

Locke aventura de nuevo, y ahora de modo definitivo, la gran conclusión del "Ensayo": para obtener la auténtica felicidad humana hemos de entregarnos sin desmayos al estudio y construcción de la moral geométrica. Nuestras facultades no son capaces de penetrar en las esencias reales de los cuerpos, pero sí que pueden descubrir todo lo que necesitamos para fundamentar un saber del comportamiento: la esencia divina y nuestra propia esencia. O más bien: en nosotros, la capacidad de experimentar placer y pena; y en el dios de Locke la garantía del placer supremo que la actuación nos acarrea. Porque, en efecto, en esa ciencia de las costumbres no es necesario hacer intervenir ni a Dios ni al hombre en su auténtica realidad—como sustancias— sino simplemente como los extremos de una relación moral fundada en el placer: Dios, como capaz de producirlo; y nosotros, de experimentarlo.

El dios de Locke tiene, pues, sentido en relación al hombre y a su ética racional; está puesto a su servicio y suplirá todas las deficiencias del sistema hasta que lo humano alcance la mayoría de edad en la inmanencia constitutiva.

De la misma manera, el papel que Locke asigna a la fe consiste en confirmar los decretos

de la ética racional "nada que sea contrario a los dictados de la razón, claros y evidentes por sí mismos, e incompatibles con ellos, tiene derecho a ser propuesto o acogido como materia de fe". Y el ejemplo que Locke aporta tiende a descalificar sin paliativos la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Apoyado en estos presupuestos, establece como necesario para conservar la paz entre los pueblos, abolir cualquier religión "no razonada"; y al conjurar los peligros de una fe no sometida a los dictámenes racionales, Locke asume el papel de nuevo mesías de una humanidad definitivamente "humana". Sin embargo, el "Ensayo" no incluye la moral que Locke predicaba como empresa digna de aglutinar todos los esfuerzos de la humanidad se limita a proponer un procedimiento. Sabemos que intentó elaborarla, al menor por dos veces, a lo largo de su vida, y que al cabo desistió de su empeño. Desde este punto de vista, el "Ensayo" había fracasado.

La novedad de la obra del profesor Melendo estriba en haber puesto de manifiesto las raíces morales y políticas de la gnoseología desarrollada en el "Ensayo"; su crítica al filósofo inglés no sólo posee el mérito de presentar las ambigüedades y contradicciones filosóficas que encierra el sistema de Locke, sino también el de exponer de modo claro y resumido los fundamentos de una genuina teoría del conocimiento. Al mismo tiempo, apunta con breves pero

BIBLIOGRAFIA

sugerentes anotaciones el influjo de Locke en la filosofía posterior, y los elementos que han pasado a formar parte de doctrinas que aún permanecen. Basta con escuchar los elogios que le dirigen autores como Voltaire o Marx para percibir lo "utilidad" de Locke en el intento por desligar al hombre de cualquier realidad superior ese intento cuajó, en sus manos, en la elaboración de una moral exclusivamente humana, casi sin Dios. El propósito —comenta Melendo— ni era nuevo ni ha quedado todavía superado. Después de multiplicarse a lo largo de casi tres siglos, tomando formas diversas y sumando su propia virtualidad a la de otros movimientos similares, deja ver su influencia en muchos aspectos de la cultura de hoy: búsqueda indiscriminada del placer sensible, irreligiosidad, olvido de la metafísica, racionalismo crítico, subjetivismo... Naturalmente no todo ahí es de Locke. De él heredamos quizá como lo más genuino, la quintaesencia de su proyecto: el afán de dominio sobre el propio fin, la ilusión de una moral autónoma. Pero tampoco en esto Locke hizo otra cosa que actuar una de las posibles tentaciones que acompañan a la naturaleza humana. El hombre se encuentra constantemente solicitado por la tentación de constituir su propia luz natural en criterio supremo de bondad o malicia, en principio rector de sí mismo y de las criaturas materiales. Existe, sin embargo, otro camino. El de la moral auténtica,

capaz de conducir al hombre hasta la verdadera felicidad, que sólo se halla en Dios.

BARTOLOMÉ MENCHÉN

MUES, Albert, *Die Einheit unserer Sinnenwelt*, Münchner Universitäts Schriften, Wilhelm Fink Verlag, 1979, 165 págs.

Mues afronta el tema de "la unidad de nuestro mundo sensorial" preguntando por las condiciones epistemológicas de las ciencias; y lo desarrolla tocando una problemática referente a dichas ciencias. Si los científicos se comprenden como investigadores empíricos, siempre suponen sus sentidos para investigar. ¿Implica esta suposición ya estructuras que, en virtud de que el científico las acepta irreflejamamente, tienen que manifestarse como objetivas, o sea, como objetos? Si admito estructuras (por ejemplo, las de los sentidos) como dadas (justo porque no pregunto por su origen), éstas se me tienen que manifestar como dadas. Pero si descubro que ellas son productos de mis procesos de conciencia, entonces aquello que antes se me apareció como algo dado, se tiene que ver como producto de leyes, justo aquellas por las que acontece el conocimiento (tanto en el animal como en el hombre). Así, pues, no todo lo dado objetivamente o en sí es tan objetivo como aparece al científico.